

Retiro de Adviento 2023 con Santa Teresa de los Andes

A la escucha del Evangelio: velar con amor

« Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo será el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que llegue de improvisto y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad! »
(Mc 13,33-37)

« Velad », proclama Jesús, sí, « velad, velad: porque no sabéis cuándo será el momento ». Al comienzo de este nuevo año litúrgico, el Cielo habla a los habitantes de la Tierra, con esta invitación urgente: ¿Qué haces con tu vida?

Y, sin embargo, aunque Jesús llama a la vigilancia, no adopta una postura amenazadora. Al invitar a la humanidad -¡tres veces!- a estar alerta, el Hijo de Dios expresa su ardiente deseo de ser recibido cuando regrese. ¿Está el hombre preparado para recibirle? El « dueño de la casa » puede volver dentro de veinte años, o incluso hoy mismo... Pero no vale la pena especular sobre la fecha más o menos cercana de esta venida, ni tampoco dejarse llevar por la ansiedad.

La vigilancia a la que Cristo nos llama es la del amor, que vela por el prójimo y por uno mismo. Es, por tanto, distinta de la de un vigilante nocturno, que vigila un negocio o una rica mansión. Para el vigilante, todo va bien... cuando no ocurre nada. Pero está a punto de producirse un acontecimiento único y decisivo: el amo de nuestra casa está a punto de regresar.

En previsión de este acontecimiento, todo hombre debe preocuparse por amar. Sea cual sea su trabajo, debe tratar de vivir amando a sus seres queridos en su casa aquí en la tierra. Una fe viva es una fe amorosa. Y el amor da sentido a la vida, el amor hace felices a las personas, el amor convierte a los hombres en hijos de Dios.

Un hombre que se entrega al pecado, en cambio, es un hombre que ya no está en el umbral de la puerta, vigilando para recibir al amo cuando regrese. Cierra los ojos al sentido de su vida y al destino final de su conducta. La venida de su Señor será entonces « de improvisto ».

El primero en velar no fue otro que Jesús mismo. El Verbo, cuando se encarnó para tomar sobre sí todos los pecados de la naturaleza humana, permaneció vigilante amando « *hasta el extremo* » [Jn 13,1]. En el madero de la Cruz, se aseguró de seguir amando a todos, sin negar nada de su Amor loco a pesar de todos los pecados con los que había cargado. Su Misericordia lo asumió todo de nuestras vidas, a veces tan dañadas. « *Dios es Amor* » [1 Jn 4,16], y su naturaleza es amar. Así veló Jesús amando hasta el final a Pedro, al mismo Judas, a María Santísima, a Caifás, a ti que lees estas líneas, a mí...

En la escuela de Teresa de los Andes: “Jesús me pide que sea santa”

Esta llamada a la vigilancia amorosa transformó la vida de Juanita. Durante un retiro, cuando tenía 17 años y mirando hacia atrás, confió en su Diario: « *¡Oh, cuán grande me considero después de haber visto mi origen - ¡todo un Dios!- y mi fin: ¡un Dios Infinito! Pero hay un punto entre el origen y el fin, y éste es la vida.* » (Diario, Retiro de 1917). A la que llamaban a veces la Teresita Chilena, ella supo responder a la llamada de Cristo. Para ella, el tiempo del regreso del amo de la casa no se hizo esperar, pues su Señor vino a buscarla antes de que cumpliera los veinte años.

¿Estamos decididos, por nuestra parte, a cuidar de nosotros mismos y de nuestros seres queridos? ¿Estamos dispuestos a acoger a Nuestro Señor si llegara hoy mismo? **Existe una gran tentación de pensar que la santidad es para los demás** y que nuestro paso por la tierra debe ser modesto.

El ejemplo de Juanita contradice esta manera común de pensar. Ella -como muchos de nosotros- no era una niña excepcional, ni una persona especialmente predispuesta a la santidad. Era una niña más, con sus cualidades y sus defectos. Por supuesto, la fe cristiana la animó desde muy pequeña, pero quedaban ámbitos enteros de su vida por evangelizar. Juanita, con 19 años, dice: « *Desde chica amé mucho a la Santísima Virgen, a quien confiaba todos mis asuntos. Con sólo Ella me desahogaba y jamás dejaba ninguna pena ni alegría sin confiársela. Ella correspondió a ese cariño. Me protegía, y escuchaba lo que le pedía siempre. Y ella me enseñó a amar a Nuestro Señor.* » Hasta aquí, todo bien. Sin embargo, añade rápidamente la pequeña santa chilena, « *Sin embargo, sin comprender la gracia que me dispensaba, y sin siquiera preocuparme de ella, yo pololeaba¹ y me divertía lo más posible.* » (Carta 73). **Así pues, como muchos de nosotros, Juanita fue vigilante en algunos aspectos de su vida, mientras que en otros se dejaba llevar.** También nosotros tenemos cuidado de vivir como cristianos en muchos puntos pero en otros estamos ciegos. Los ojos de nuestro corazón ya no están vigilantes, sino que permanecen cerrados.

Así era Juanita hasta la adolescencia. Era una joven hermosa, alta y esbelta, de pelo castaño cobrizo y ojos azules. Atraía todas las miradas. A los 13 y 14 años, consciente de su belleza física, se asomaba al balcón de la casa familiar y dejaba pasar una y otra vez por su ventana a jóvenes que intentaban cortejarla. Este juego de seducción es único en Chile. Juanita acabó dándose cuenta de que su belleza física alimentaba su orgullo: « *A mí, desde chica, me decían que era la más bonita de mis hermanos y yo no me daba cuenta de ello. Pero esas mismas palabras me las repetían cuando más grande, a escondidas de mi mamá, que no le gustaba. Sólo Dios sabe lo que me costó desterrar este orgullo o vanidad que se apoderó de mi corazón cuando era mayor.* » (Diario, § 2).

1. Pololear: En Chile significa tener novio o pretendiente



Por otra parte, Juanita tuvo que luchar contra ataques de ira y una sensibilidad un poco excesiva... Pero Jesús vigilaba... En diciembre de 1914, cayó enferma y, en su oración silenciosa, sintió por fin la llamada que Cristo hace a cada uno de nosotros: « *Nuestro Señor me mostró como fin la santidad . Esta la alcanzaría haciéndolo todo lo mejor posible* » (Diario §7). ¿Y nuestro deseo de santidad? Juanita lo entiende como un mandamiento de Dios, y así es: « *Sed perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto.* » [Mt 5,48]. **Negarse a caminar por la senda de la santidad aduciendo que somos demasiado débiles o cualquier otro motivo, ¡es verdadero orgullo omitido! ...** « *La santidad como fin* » no es una petición particular dirigida a una persona y no a otra. Es una petición universal, expresada a cada persona en particular. Este « *deber* » de santidad se dirige a nosotros, seamos quienes seamos: hombre, mujer, joven, anciano, etc.

El deber de santidad comienza con el deber de estado. El deber de una madre de familia, el deber de un niño que aprende, el deber de un empleado de servicios, el deber de servir a los demás según nuestras capacidades. « *Jesús me pide que sea santa* », escribe Juanita en su Diario. *Jesús me pide que sea santa. Que haga con perfección mi deber. Que el deber -me dijo- es la cruz. Y en la Cruz está Jesús. Quiero ser crucificada.* » (Diario, §34).

Nuestro camino hacia la santidad dependerá de nuestra conciencia de nuestro deber de estado; haciendo de cada pequeño deber un acto de amor, según los ejemplos ilustrados en *Historia de un alma*, y en los que se apoya Juanita, la vigilancia se hace mayor, y el Soplo del Espíritu Santo se hace más fuerte. La santita chilena nos invita a tomar firmes resoluciones. Hay muchas en su Diario. Entrenarse a tomar resoluciones y evaluarlas después, nos mantiene alerta. Hay tantas oportunidades perdidas para amar y tantas oportunidades perdidas para huir del peligro...

En concreto: 4 propósitos

He aquí algunas de las resoluciones de Juanita. ¿Cuál podríamos elegir para preparar la llegada de Jesús en Navidad?

1) Desprendernos de la mirada de los demás

El hombre lleva en su interior una inquietud, una necesidad de seguridad, mientras su corazón no vuelva a su Señor. « *Nos hiciste para ti, Señor* » - escribe San Agustín en sus Confesiones -, « *y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.* » Abandonado a sí mismo, el hombre busca la confirmación de su identidad en la mirada del otro. Incluso una vez convertidos, seguimos inclinados a buscar alabanzas y otras gratificaciones para sentirnos seguros. Pero sólo Dios ama al hombre hasta el extremo.

Juanita ha tenido una amarga pero saludable experiencia al respecto. A los 18 años, hizo una constatación crucificante: « *Me duele mucho [porque dentro de una semana termina el curso escolar y Juanita dejará el colegio]. Lo que aumenta mi dolor es la indiferencia de la Madre Izquierdo [una de las monjas encargadas del colegio] hacia mí. Habiéndola querido como la quise, habiéndole dejado leer mi alma, esto es lo que recibo. Me enseña que ni las criaturas más santas saben amar. Adiós a toda ternura humana. Sólo en Jesús encuentro este amor constante, un amor sin límites, un amor infinito* » (Diario).

Pidamos a Dios que nos fortalezca en su amor, que nos confirme que somos dignos de ser amados con un amor indefectible...



2) Evitar la mundanidad

Juanita sabe distinguir entre los encuentros amistosos, estimulantes y fructíferos, y los que finalmente resultan poco constructivos. Todos conocemos este tipo de discusiones, que al final, nos dejan un sentimiento de vacío, un desaliento mientras que otras son más positivas y nos alegran el corazón.

Juanita le contaba a una amiga: « *Por la noche, fuimos a ver a la Señora Julia; había allí varios jóvenes: ¡un aburrimiento perfecto!* » (Carta 23, ella misma tiene 17 años).

¿Hacemos balance de nuestras relaciones personales y amistades? Cuan importante es saber rodearse de buena gente, aunque el entorno nunca sea perfecto...

3) Mirar positivamente al prójimo

Este es un punto en el que Juanita destacó. « *Cuando veo defectos en las personas -resuelve-, pienso en sus cualidades y también en que esos defectos pueden ser permitidos por Dios para humillar a la persona que los tiene y que puede ser muy agradable a Dios interiormente, mientras que yo tengo defectos peores y más numerosos* » (Diario, § 52). Esta valoración del prójimo nos libera de nosotros mismos; nos libera de la imagen que queremos dar de nosotros a los demás, y por el que muchas personas gastan una cantidad increíble de energía. En todo hay un término medio.

¿Sabemos dejar la última palabra al prójimo? ¿Hacemos alguna vez un cumplido a los demás (el cumplido, que es una palabra de sinceridad, no es adulación, que es una palabra de falsedad)? ... En el plano espiritual, valorar al prójimo es un acto de caridad.

4) Resoluciones para toda la vida

¿Por qué no cumplir varios propósitos a la vez? Para los más atrevidos, los más deseosos de responder a la llamada de Cristo a ser santos, he aquí una lista elaborada por Juanita, que es válida para cada uno de nosotros;

« **Resoluciones para mi vida entera:**

1ª No dejaré jamás mi meditación [en la oración], mi Comunión y misa.

2ª Haré examen particular y rezaré mis oraciones de la mañana y de la noche de rodillas.

3ª Haré lectura espiritual y conservaré en mi alma un recogimiento que me mantenga unida con Jesús y separada por completo del mundo.

4ª Tendré carácter. Jamás me dejaré llevar por el sentimiento por el corazón, sino por la razón y mi conciencia.

5ª Cumpliré la voluntad de Dios con alegría, tanto en las penas como en las alegrías, sin demostrar jamás en mi cara lo que pasa en el corazón. [...]

6ª No me dejaré llevar jamás por el respeto humano, tanto en mi manera de conducirme como en mis palabras. »

Buen camino hacia la santidad y la alegría que de ella se deriva.

Fr. Cyril ROBERT,
ocd (convento de París)



Lunes 4 de diciembre: Atreverse a confiar

« En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. » [Mt 8,10]

« La confianza es lo que más le agrada a Jesús. Si confiamos en el corazón de un amigo que nos ama, ¿cómo no confiar en el corazón de un Dios, donde reside la bondad infinita, de la cual la bondad de las criaturas es un pálida sombra? » (CA 143)

Hago un acto de confianza en Dios durante el día.



Martes 5 de diciembre: Amor y alabanza

« Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra. » [Lc 10,21]

« He principiado aquí en la tierra la vida del cielo, (...); vida sólo de amor y de alabanza incesante. » (CA141)

Mirad al cielo con fe, alabando a Dios por habernos llamado a la existencia, por habernos llamado a la vida eterna.



Miércoles 6 de diciembre: Un Amigo íntimo

« Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: 'Siento compasión de la gente' » [Mt 15,32]

« Quisiera que fuera Jesús su íntimo amigo, en quien depositara su corazón cansado y saciado de sufrimientos. (...) ¡Ah, mi papachito, cómo se transformaría su vida, si fuera a Él con frecuencia como a un amigo! » (CA 150).

¿Por qué no poner las heridas de nuestro corazón a los pies de Jesús, con la confianza que podemos tener en un Amigo íntimo?



Jueves 7 de diciembre: Hacer su voluntad

« No se entrará en el reino de los cielos diciéndome: Señor, Señor, sino haciendo la voluntad de mi Padre que está en los cielos. » [Mt 7,21]

« Lo mejor es amar la Voluntad de Dios. (...) ¿Sientes en tu alma ese amor por la divina Voluntad? » (CA 149)

Preguntémonos si no hay alguna circunstancia en nuestra vida en la que nos olvidamos de poner en práctica los mandamientos de Cristo.



Viernes 8 de diciembre: ¡Lourdes! ¡Lourdes!

« En el mes sexto, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. » [Lc 1,26]

« Anteayer y ayer fuimos a Lourdes. (Se trata aquí de la gruta de la Virgen de Lourdes en Santiago de Chile) ¡Lourdes! Esta sola palabra hace vibrar las cuerdas más sensibles del cristiano, del católico. ¡Lourdes! ¡Quién no se siente conmovido al pronunciarla! Significa un Cielo en el destierro. » (Diario 19)

Pidamos a la Virgen un lugar donde podamos encontrar el cielo con Ella, ya sea un santuario, nuestro propio rincón de oración, una capilla de nuestra iglesia parroquial...



Sábado 9 de diciembre: Una pequeña frase

« Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el Evangelio del Reino. » [Mt 9,35]

« Se despidió de todos. Yo fui el último; me besó y me dijo al oído: 'Dios existe, hermano, no lo olvides nunca' » (Testimonio de Lucho)

Hoy podría proclamar mi fe – de forma muy sencilla, con una pequeña frase – a un no creyente...

